

secreto se conserve. Y si le interesa que el secreto se conserve es porque yo le intereso, y no quiere que todo termine así, de pronto... *No se mortifiquen por mí*, escribe, que es como si hubiera escrito: *No te mortifiques tú por mí*. Entonces, me digo, si escribió eso es, sin duda, porque él se mortifica por mí, porque sólo piensa en mí; porque está enamorado de mí y quiere guardar el secreto, y no quiere que yo sufra. Y este papel es una carta de amor... Pero, en fin de cuentas, pienso ahora, para qué elucubrar tanto, es posible que todo no sea más que suposiciones mías, imaginaciones, y él no quiera decir más que lo que verdaderamente dice. Y todo no sea más que una breve nota informativa, impersonal, dirigida no solamente a nosotras, sino a todos sus familiares, los de la otra casa... Sí, es posible que no le interesemos para nada. Y ahora pienso en lo que dijo mi madre y creo que, en cierto modo, ella puede tener razón. Él es tan torpe para todo. Para todo lo que los demás hacen con tanta naturalidad. Qué va hacer en esa vida que también debe ser insopportable y más peligrosa. Sí, hay que pensar en todo, aunque no quisiera. Hay que pensar también que es posible que lo maten; que es posible que ya esté muerto y que no lo vuelva a ver. En todo hay que pensar... ¡Con nosotros nunca habría hecho esa locura!, oigo que alguien grita ahora en la puerta de la calle. Es Adolfina, mi tía (acompañada por esas fieras de Tico y Anisia) quien enterada ya de todo culpa a mi madre de lo ocurrido. Le da un empeñón, y viene hasta mí, golpeándome también y apoderándose del papel. Y ahora, dando gritos, sale a la calle, para enterar a todo el mundo y que él ni siquiera pueda regresar para la casa si las cosas no le van bien por allá. Y Tico y Anisia, detrás, gritan aún más alto, riéndose a carcajadas... Virgen Santa, ayúdame, porque no quiero que me vean llorar. Y no lloro. Y me dedico a esperarte. Porque sé bien que vas a volver. Estoy segura. Tiene que ser así. De otro modo, ¿qué sentido tendría todo? Aun la desgracia, para que pueda ser verdaderamente desgracia, tiene que contar con un instante de consuelo; de no ser así, ni siquiera tendría sentido como desgracia. Por lo tanto, tú vas a volver. Y espero... Los rebeldes cortan el tendido eléctrico. Estamos sentadas en la sala, mi madre y yo, alumbrándonos con una vela que ella misma fabricó con un pedazo de jabón. Mamá está en el balance, meciéndose; cuando, de vez en cuando, habla es para quejarse. Qué fin de año, dice. En toda mi vida no había visto uno tan triste. Va hasta la puerta de la calle y la abre. Se queda de pie un momento, bajo el marco; la vuelve a cerrar de golpe. Mejor es que nos acostemos, dice. A oscuras me desnudo y me acuesto. Ahora se oye más claro el tiro-teo. También el ruido de avión que cruza sobre el pueblo. Después, el

bombardeo. A veces entra por la ventana un olor a tierra mojada que no sé de dónde puede llegar pues hace meses que no llueve. Así, tratando de localizar ese olor, se hace de madrugada... En este pueblo, por la madrugada, no se oye más que el cantar de los gallos. Primero uno, muy lejano; luego otro, ya más cerca, le contesta. Así se va formando la algarabía. Por último, llega la claridad. Pero en este momento se oye un ruido diferente. Es como un griterío, un estruendo de miles de voces que parecen cantar, dar vivas. Sólo con el refajo tirado por encima voy hasta la sala. Cientos de gente cruzan por los portales, se agrupan en las esquinas. Por un extremo aparece una manifestación con una bandera, una bandera de las prohibidas, de las que pueden costarle la vida a quien la guarde. ¡Se fue el asesino!, grita alguien. Lo comprendo todo. Corriendo voy hasta el cuarto de mamá. Ella, que ya estaba despierta, se levanta y abre la puerta de la sala. Cuidado, le grita a un grupo de hombres que están en el portal, van a estropearme el cantero. Dando también vivas salgo a la calle. Llego hasta el centro de un tumulto que rodea a varios rebeldes. Pero él no está entre ellos. Voy entrando y saliendo en todos los grupos. Recorro el pueblo. Hasta por la tarde no vuelvo para la casa. Mamá, nerviosa, mira para el patio; se asoma temerosa a la puerta de la sala, la cierra y regresa a la cocina. Qué escándalo, dice, vamos a ver... Tu primo, dice finalmente, es raro que no haya regresado. Ya vendrá, digo, todo el mundo no puede llegar el mismo día. Es verdad, dice, sabrá Dios por dónde anda. Por un momento me quedo callada. No creas que está muerto, le digo ahora, alzando la voz quizás en forma innecesaria. Que Dios te perdone por pensar esas cosas, dice ahora ella. Eres tú quien las está pensando, digo. Lo que eres es una malcriada, me responde. Y me callo. Pero sé bien que ella pensaba así. Es siempre tan pesimista. Quizás está ya tan acostumbrada a las desgracias que la posibilidad de una esperanza la aterra o la desconcierta, no sabría qué hacer con ella. Pero es posible que yo esté equivocada; es posible que yo sea demasiado cruel al pensar así. Virgen Santa, estoy tan aturdida que ni siquiera sé lo que digo, ah, y perdóname porque ni siquiera me había acordado de darte las gracias... Otro día. La cantidad de rebeldes que van bajando es mayor. A muchos les pregunto por él. Pero nada saben. Son tantos, dicen, hasta dentro de una semana por lo menos no estará aquí todo el ejército. Regreso. Mi madre, más calmada, prepara la comida. Hoy hay menos que nunca, dice, con el barullo fue imposible conseguir nada. No respondo. Llego hasta el comedor y prendo el radio. Una mujer recita una poesía patriótica. No sé si esta poesía es mala o buena, seguramente es pésima, pero la oigo y me va llenando de alegría.

Así llega la noche. Las dos nos sentamos de nuevo en la sala. Lo que tienen que hacer, dice mi madre, es sacar comida y arreglar de una vez las cosas. Ya se arreglarán, digo, y me sigo meciendo, impulsándome con la punta de los pies, cada vez más rápido. Estás loca, dice mamá, contrólate. Sigo meciéndome hasta que ya tarde, ella se pone de pie. Hoy no va a llegar, dice. Qué sabes tú, pienso. Me voy a quedar un rato más, digo. Oigo como ella riega el insecticida por todos los cuartos... Me desvisto sin apuro, atenta a cualquier ruido. Alguien viene, se acerca, pasa ya frente a la casa, sigue. No se oye ahora nada; sólo, en la oscuridad, el estruendo de las vitriolas en el barrio de La Loma Colorada, y el órgano, destacándose entre todos los ruidos. Los bares de «La Frontera» han abierto otra vez. Allí, según me dice mi madre, están los prostíbulos. Algunas veces se oye un gran vocerío (es una bronca) mezclado con el chillido y la risa de las mujeres. La música de una vitrola se oye más clara, ahora que el órgano se ha callado. Es una música vulgar, una canción de moda que durará dos o tres meses y que después nadie recordará. Algunas veces, de tonta que soy, he llorado oyendo esas canciones; algunas veces, de tonta que soy, me he escuchado yo misma cantando esas canciones... Creo haber oído como un pequeño golpe en la ventana. Es posible que sea él que haya vuelto. O algún grillo, o cualquier otro tipo de animal. Creo que sí —estoy segura ya— que el golpe se está repitiendo. Oigo, me quedo tensa sobre la cama. Virgen Santa, los golpes son flojos, como para no alborotar, como para no llamar la atención, como para que casi ni se oigan. Sólo yo los escucho, nadie más. ¿Quién puede llamar así? ¿Quién puede estar llamando de ese modo, tan bajo, como para no ser oído? Me visto corriendo y voy hasta la sala. Abro la puerta. Ahí está él, en el portal, con su uniforme descolorido, un arma desvencijada y una barba que no es barba, riéndose. Riéndose, pero no mucho... Mamá, digo entonces, Héctor está aquí. Y mi voz va retumbando dentro de una enorme cueva de la que millones de murciélagos alzan el vuelo, chocan contra las paredes, fluyendo se precipitan hacia el exterior. El torbellino de los revoloteos se hace indescriptible. Me arrasa, me eleva, me transporta hasta el mismo centro del monte. De entre estos árboles inmensos, emerge Héctor, radiante, mostrándose... Corre hasta uno que se desparrama gigantesco y fluye en llamaradas verdes. Éste es *el ateje de copa alta*, dice. Inmediatamente salta hasta otro, estibado de flores. Éste es *el dágame, que da la flor más fina*, anuncia... Tomándome, arrastrándome por un brazo, me deposita bajo el frescor de otro árbol enorme. Éste es *el jubabán de sombra leve...*, dice. Inmediatamente tira de mí y me transporta por los aires a otro árbol perfumado, cuyo tronco

comienza a palpar. *El almásigo, de piel de seda*, dice... Saltamos, y caemos en la copa de otro inmenso árbol: *La jagua de hoja ancha*, dice... Y éste (señala transportándome hacia otro follaje) *de tronco estirado y abierto en racimos recios es la quiebrahacha*. Y éso, me dice (los dos encaramados sobre las copas más altas) son *el caimitillo, el cupey, la yagruma, que estanca la sangre, la ceiba...* Así sigue, alzándose, llevándome consigo por los aires, mostrándome, nombrándome, presentándome todos los árboles que en acompasado torbellino sueltan sus hojas y caen sobre nosotros, como saludándonos... Baja por los largos bejucos y se mezcla de nuevo en la confusión de todos los verdes; haciendo mil cabriolas desaparece en el tumulto de las ramas; y ya está a mi lado, gesticulante, ebrio, señalando otra planta, otra copa imponente. *La palma corta y empinada, el grueso júcaro, la preñada güira y la paguá, el tibisal...* Oyendo ese rumor, me tiro sobre las hojas, Héctor se me acerca, se queda ya de pie, junto a mí, jadeante, mirándome. Los pies desnudos y firmes sobre el suelo, las piernas elevándose, el pelo batiéndole en la frente y el sudor resbalándose por toda la piel... Es un árbol, pienso. Él también es un árbol. Y me río. Me río igual que él y me quedo absorta, mirándolo... ¡Hijo!, dice mamá con un largo chillido, y corre hasta la puerta donde él se encuentra, de pie, aún sin decidirse a entrar, esperando a que, finalmente, yo le dijera que entrara. ¡Hijo!, repite otra vez mi madre abrazándolo. Y siento vergüenza al oírle decir esta palabra que en ella suena ridícula. Lo vuelve a abrazar, lo besa. Empieza a llorar. Por último lo conduce hasta el comedor, hablándole sin cesar. Que lo muy preocupada que estaba, que la alegría tan grande que ahora siente. Yo, detrás. Mirándolo. Mirando su uniforme, su piel completamente tostada. Mientras mamá comienza a prepararle la comida, me siento al lado de él, en un taburete. Los dos nos quedamos callados. Y yo me alegra de que no me cuente nada. Así estamos hasta que mi madre sirve el improvisado almuerzo (o desayuno), siempre hablando, preguntando, mil sandeces. Él responde a todo, sin decir, prácticamente, nada. Sí, dice. No, dice. Ahora podrás conseguir un buen trabajo, que mucha falta nos hace a todos, dice mi madre ya cuando estamos terminando de comer. Y me doy cuenta de que todas sus zalamerías, todas sus palabras, tenían un fin, un fin preciso, utilitario, y que estaban más allá de la simple hipocresía. Cómo puede ser tan interesada, pienso; cómo puede ser tan egoísta. Y al momento, me apena haber pensado de esa forma. Ya no es joven, me digo; después de todo tiene derecho a pensar en su seguridad. Pero sigue hablándole, dándole consejos, acosándolo. Que no desaproveche esta oportunidad, que se apure y coja un buen puesto. Y él dice que sí, sí... Me voy para la sala.

Pero llegan los vecinos, empiezan también a abrazarlo, haciéndole mil preguntas. Él tiene que mostrarles el rifle, darles una lección de arme y desarme. Todo lo hace lentamente, con voz ronca y gestos torpes. Ten cuidado con esa arma, «hijo», dice mi madre. Y otra vez sus palabras me suenan totalmente falsas, fingidas. Miro para Héctor quien ahora manipula una palanca del arma –no sé qué nombre tendrá–. Las balas caen al piso, dispersándose por la sala. Él se inclina para recogerlas. Entonces veo sus manos, y me doy cuenta de que están sudando. Y pienso, estoy pensando, que es el mismo, el mismo, Virgen Santa, el mismo que se fue. No ha cambiado. Y, de pronto, me va llegando una tristeza que casi no conocía, y, al momento, sin saber bien por qué, me siento alegre... Me paro en medio de la sala y hablo: Debes estar cansado, mejor sería que descansaras. Y miro para los vecinos... Sí, dice él, pero creo que primero me daré un baño. Ahora mismo te lo preparo, dice mi madre. Y sale precipitada. Él se despide de los vecinos y entra en el baño. Virgen Santa, pero antes de entrar me miró y sonrió –aunque no mucho– y esa sonrisa fue de complicidad, como diciéndome: *todo esto me importa un pito, pero, qué remedio...* Sentada en el comedor, oigo el agua que sale de la ducha y corre por su cuerpo; oigo sus manos enjabonadas al frotarse el cuerpo. Estoy oyendo hasta que escucho la voz de mi madre, quizás (seguramente) hace rato que me está hablando. No debió haberse bañado después de comer, dice, le puede pasar algo. Yo estoy a punto de responderle: Para lo que ha comido, si apenas lo dejaste probar un bocado con tus palabrerías. Pero no digo nada. Y en estos momentos, pienso, el agua rueda por su cuerpo, se desliza por las piernas y le cubre los pies de espumas... Vamos a ver, dice mi madre, si después de todo este alboroto las cosas vuelven a coger su nivel. ¿Qué nivel?, pregunto. Pero en este momento, él sale ya del baño. ¿Qué vas a hacer ahora?, me dice. Nada, digo. Si quieras podemos dar una vuelta, dice él, invitándome. Ni siquiera le recuerdo que debe estar cansado. Me pongo el mejor vestido, los mejores zapatos, me empolvo, me pinto los labios. Cuando salgo del cuarto él está parado en la puerta de la sala, peinado y con su uniforme, esperándome. ¿A dónde van?, dice mi madre. A dar una vuelta, respondo tomando ya el brazo de él. Pero muchacho, dice ella –ignorándome–, ¿es que ni siquiera vas a esperar el café? No, respondo yo por él, lo tomaremos por ahí... Por las calles cruza ahora un constante desfile. En la esquina han instalado altavoces que no cesan de transmitir himnos. Todos nos sonríen y nos miran –miran para él, tan joven y con el uniforme... Algunos lo saludan sin conocerlo–. Llegamos a la carretera entre el tropel de los carros, bicicletas, el barullo de la gente.

Aunque no hablamos es como si fuéramos conversando de todo. O quizás mejor. Empujando, tropezando y pidiendo permiso llegamos al centro del pueblo. En una esquina del parque Calixto García se ha formado un tumulto. Todos están alterados, unas mujeres saltan y levantan las manos enfurecidas, otras tiran piedras. Héctor y yo nos encaminamos hasta el barullo. Varios rebeldes protegen con sus rifles a un hombre sudoroso al que la muchedumbre quiere linchar. Algunos logran burlar la vigilancia y le propinan una patada. ¡A fusilarlo, que es un asesino!, grita una vieja. ¡Paredón, paredón!, gritan todos ahora. Finalmente, los rebeldes, protegiéndolo con sus armas, se lo llevan. Atraviesan ya el parque. La comitiva, a medida que avanza sigue agrandándose. Nosotros también vamos detrás, yo sujetando siempre al brazo de Héctor. Los dos en silencio. El barullo, siguiendo a los rebeldes se encamina hasta el cuartel, donde, según oigo decir ahora, se ha ajusticiado a varios criminales de guerra... Entramos junto con todo el mundo. Atravesamos la explanada y al final vemos la alta pared o muro que cerca el patio y que ahora hace de paredón. Todo el mundo se aglomera a su alrededor. Algunos se han subido a los árboles; otros se agarran a los barrotes de las ventanas. Aunque pronto oscurecerá aún hace un calor terrible. Miro para Héctor y lo veo también sudoroso. Trato de hablarle, de llamar su atención, de decirle que si quiere nos podemos ir. Pero él en este momento no me mira. Mira al frente, donde los soldados, ya en fila, se van colocando a sólo unos metros del hombre. De pronto, se hace silencio. Un silencio donde no se escucha ni una respiración. De entre ese largo silencio se oye, pero sin alterarlo, la voz del criminal quien (él mismo) dirige el pelotón... ¡Preparen!, ordena con voz airada y firme, aún de jefe. Los nuevos soldados obedecen, levantando los rifles. Yo los miro. Son tan jóvenes. Llevan tan bien el uniforme. Un uniforme nuevo que, evidentemente, no es el que usaron en las batallas... El rifle apoyado contra el pecho, apuntando. El silencio es ahora insopportable. Parece como si la muchedumbre hubiera desaparecido, como si nadie nos rodeara y estuviéramos solos, Héctor y yo, en un lugar donde no hay sonidos, ni espacio, ni nada. ¡Fuego!, se oye la palabra, dicha como desde muy lejos. Las balas entran en la cabeza del hombre. Un chorro de sangre queda incrustada en la pared. El cuerpo, quizás impulsado por la descarga, se yergue, se para en punta, los brazos se agitan, todo el pecho, también acribillado, se inunda de sangre, empapándole la camisa, por último se inclina lentamente hacia adelante y cae... ¡Viva la Revolución!, grita una voz entre la muchedumbre. Y de pronto todos (también nosotros) empezamos a gritar. ¡Viva la Revolución! ¡Viva la Revolución!... Som-

breros, pañuelos, banderas que se agitan. Es otra vez el escándalo, ahora mucho mayor... Mezclados con el tropel salimos a la calle. Yo tengo que sujetarme más a Héctor para no perderme en el tumulto. Vamos para la casa, dice él ahora. El barullo se oye lejano. Cruzamos la carretera, atravesamos el llano despoblado cercano a la casa. Y ahora me doy cuenta de que no ha soltado mi mano –quién sabe desde cuándo... Al llegar ya es noche cerrada. Mi madre se ve inquieta, temerosa, desconfiada, y, en el fondo, amenazante. Es tarde, dice. Vengan a comer algo. Pero Héctor por primera vez la desobedece: Baja la cabeza, y, sin mirarla, entra en el cuarto. Estamos muy cansados, le digo a mamá. Vimos fusilar a un hombre. Dios mío, dice ella persignándose. Yo voy hasta el comedor. Al cruzar el pasillo veo a Héctor tirado en su cama, sin haberse quitado el uniforme ni las botas. Tienen que comer algo, dice ahora mi madre. Les he hecho hasta un dulce. No le contesto. Entro en mi cuarto y me quedo un rato sentada en la cama, sin prender la luz. Me siento como marcada y a la vez me da pena con mamá y hasta quisiera comer algo para complacerla, pero, de hacerlo, creo que vomitaría. Apago la luz y me acuesto. Poco a poco va apareciendo el hombre. Camina firme. Preparen, dice. Apunten, dice. Su cuerpo ensangrentado se balancea y cae a un costado de mi cama. Me cubro la cabeza con las sábanas. Otra vez el hombre cae junto a mí. El cráneo choca despedazado contra el armario, la sangre salpica toda la cama. Virgen Santa, Virgen Santa... Pero las palabras de la oración no me salen, no surgen, no aparecen, no recuerdo ninguna oración. Sólo veo ese cuerpo ensangrentado que otra vez se precipita. He gritado. ¿Habré gritado? Es posible que haya gritado... Pero no, de haberlo hecho mi madre estuviera ya aquí. Estoy tan aterrada que ni siquiera puedo gritar. También estoy segura que no grité entonces. Fue tanta la sorpresa que no pude gritar. Menos mal, quizás si hubiese gritado la gente hubiera pensado que yo era una contrarrevolucionaria. Pero estoy segura que no grité. Ni entonces, ni ahora. Y Héctor también ha de estar pensando en lo mismo. Virgen Santa, él está solo, en su cuarto, viendo lo mismo que yo, sin gritar. Pongo atención. Sólo oigo los ronquidos de mamá. Poco a poco me voy llenando de una extraña inquietud, distinta a todos los miedos anteriores. Los ronquidos de mi madre se oyen más claros. Me pongo de pie. Abro la puerta. Salgo a la oscuridad del pasillo. Voy caminando despacio, tanteando las paredes, de puntilla, Virgen, que nadie me oiga... Llego hasta su cuarto. La luz está encendida. Él está sentado en la cama. Aún vestido con el uniforme. Héctor, digo. Él se vuelve y me mira, no sorprendido, no emocionado. Simplemente me mira. Yo entro y lo abrazo. Siento sus ma-

nos sudadas sobre mi espalda. Sin dejar de abrazarlo sólo digo: Héctor, Héctor. Y lloramos. Pero muy bajo, que nadie nos oiga. Luego quedamos quietos. Solamente abrazados, solamente juntos. Toda la noche... Hasta que llega el grito, junto con el descubrimiento de la claridad. O quizás antes. Quizás mi madre hacía ya rato que nos había descubierto y estaba chillando, y ninguno de los dos habíamos notado nada. Es posible. De todos modos, es ahora cuando oímos sus gritos y sentimos sus golpes. Pues nos golpea, y no precisamente con las manos... ¡Puta! ¡Puta! La luz del día se vuelve también chillona y me muestra, casi desnuda junto a él, sobre la cama. Ella continúa golpeándonos y gritándonos. Cabrón, le dice ahora a él, desgraciado, así pagas la comida que te doy. Luego se queda rígida, en el centro de la habitación, bajo el bombillo. Vamos, dice Héctor, vístete y vámonos. Salgo corriendo. Me cubro con el vestido que me había puesto por la tarde y que ni siquiera había guardado; los mismos zapatos. Salgo a la sala. Héctor me está esperando. ¡Puta desgraciada! Oigo que dice mi madre detrás de mí. ¡Puta desgraciada! Él abre la puerta. Los dos salimos a la calle... Virgen Santa, y de qué manera podría yo haberle explicado, podría yo haberla convencido de que no ha pasado nada, de que, realmente, nada hemos hecho... Casi corriendo cruzamos otra vez la carretera y llegamos a la Terminal de ómnibus. Él pide dos pasajes para La Habana. Todavía aletargados tomamos la guagua. Todo es como un sueño. Él recuesta su cabeza junto a mí, y se queda dormido. Oigo sólo el motor de la guagua; siento el peso de su cuerpo sobre el mío. Hasta que también yo me inclino sobre su espalda y me quedo dormida. Ahora, que acabo de despertarme, oigo un sonido diferente, desconocido y remoto. Él, a mi lado, comienza también a despertarse. Ya pasa una mano por mis hombros y con la otra descorre la cortina de la ventanilla. Mira, dice, y me acerca al cristal. Veo una gran explanada brillante y azul. Una enorme llanura abierta que surge desde un costado de la carretera y luego se va alzando, agrandándose, ensanchando, fluyendo y levantándose hasta confundirse con el cielo... ¡Virgen Santa, son dieciocho años, y, viviendo en una isla, aún yo no había visto el mar!... El mar, digo, como para convencerme de que, efectivamente, está ahí, aquí, junto a mí, bañándome los pies. Héctor se acerca nadando. Mira, dice, qué piedras tan extrañas. Abre el puño. Son unas piedras de colores, brillantes, azules, transparentes. Son preciosas, digo, aunque seguro que no es ésa la palabra que debo usar. Sí, son extrañas, digo, tratando de borrar la otra palabra. Pero él ya no me presta atención. Por un costado del mar viene caminando nuestro vecino de cabaña. Se acerca despacio. El short blanco, los zapatos tenis,